¡Silencio! ¡Nadie hablaba! Este que veis aquí con la cabeza ante su mutilado cuerpo, era hijo bastardo del aragonés D. Alvaro de Luna, señor de Cañete y Jubera, copero mayor que fué de D. Enrique.

Don Juan II de Castilla, puede asegurarse que estuvo en continua minoría, porque si bien fué encargado á los 14 años del regimiento y gobernación del Estado en las Cortes del reino de 1419, siempre, en su largo reinado, fué rey de derecho; pero el monarca de hecho era ese que veis sentado ante su cabeza; ¡D. Alvaro de Luna! Cada vez que tenía que ausentarse de la compañía del rey, como sucedió con la boda de su hermana, la infanta D.^a María, no cesaba de llamarle á Valladolid con ahinco, á instancias reiteradas. No podía vivir sin él.

—Muchos favores debería al degollado ese rey D. Juan II—dijo Martín Forero.

—Muchos se hicieron uno al otro.... respondió el curioso.

Estando el rey en Talavera en disimulada prisión,—pues de tal suerte tenían el infante D. Enrique y sus partidarios,—D. Alvaro simuló una cacería, y acompañándose de alcohoneros y demás aparatos pertinentes, libertó á su señor de los opresores.

—¿Sería, pues, el tal D. Alvaro hombre de posibles?

—Considerad, que habiendo sufrido el condestable su primer destierro, el conde de Lema fué á hacer la guerra al Zaquir, ó rey Izquierdo de Granada, y este esqueleto, que ahora vemos deleznable, era tan poderoso señor, que ofreció al monarca de Castilla 3.000 lanzas para ir contra el moro.

¡Oh, qué tiempos, señores! Aquella célebre batalla de Sierra Elvira ó de la Higuera, librada el 1.º de Julio de 1431, hecho de armas el más notable de Don Juan II, en la que dice el bachiller Cibdareal que los muertos y *feridos* moros pasarían de 30.000, la presencié y tuve en ella no escasa parte D. Alvaro de Luna. ¡Y en los mismos campos de Sierra Elvira se forma nueva conjuración contra él!

—¿Tanto le odiaban?

—Sí, maestro cantero. En Castrojano, compromisarios del rey y de los coaligados suscribieron un acta, en la que se le desterraba nuevamente de la corte.

En Avila levantaron otra en la que se le acusaba de usurpación del poder real, de la muerte de D. Fadrique y de Don Fernán Alonso de Robles, y, por último, le decían al rey: *quel condestable tiene ligadas é atadas todas vuestras potencias corporales é intelectuales por mágicas é diabólicas encantaciones, para que no pueda á hacer salvo lo que él quisiera, ni vuestro memoria remiembre, ni vuestro entendimiento entienda, ni vuestra voluntad ame, ni vuestra boca hable, salvo lo que el quisiere, é con quien é ante quien.*

—¡Lo que es el saber!—dijo el del farol, repuesto del susto recibido, pero mirando de vez en cuando con prudente cautela á la calavera de D. Alvaro....

—Vaya, muchachos, yo disertaría horas y horas contemplando á estos esqueletos que parecen hablar de aquellos disturbios en funeral tertulia congregados, pero estoy distrayéndoos del trabajo....

—El caso es, señor, que ya nos habeis despertado la curiosidad—dijo Forero,—y no sabemos si D. Alvaro de Luna salió ó no de ese su segundo destierro....

—¡Ya lo creo!... Y peleó bizarramente por su rey en Medina del Campo, de cuya batalla se retiró previas tres intimaciones del monarca.... Y hubo nueva transacción.... Y hubo nuevo destierro, alejándole por seis años del trato con su señor; pero en el peligro el primer lugar siempre era suyo.... y se reune de nuevo á D. Juan II en la batalla de Olmedo; recibe una herida en un muslo y volvió al apogeo del poder y la opulencia.

—¡Lo mereció! Más que yo el susto que me ha dado!—replicó el portador del farolillo.

—Y ya que entre toledanos estamos,—pero á condición de marcharme en seguida,—os diré que en las algaras que al interior de Castilla extendían los moros de Granada estaban ocupados el rey y sus servidores, cuando se sublevó Toledo, esta vuestra ciudad nativa, por un empréstito forzoso que le pidió D. Alvaro. El populacho quería quemar la casa del comerciante Alfonso Cota, que era el recaudador, obedeciendo á la voz de un mercader de odres, porque la superstición del pueblo decía que en una piedra antigua había la siguiente inscripción gótica:

¡Oplará el oátero, y alborozarse há Toledo

Ello es que el rey y D. Alvaro quisieron entrar, pero los de dentro hicieron jugar las lombardas y tuvieron que retirarse á Illescas;.... pero al fin le recibió en triunfo Toledo.... ¡Qué disturbios!.... Y mirad lo que son las cosas, mientras esto andaba tan revuelto y desorganizado, nació en Madrigal (13 de Abril 1451) ¡la princesa Isabel! ¡la reina Católica!....

¡Y basta! Ahora sí que me marchó; porque dirá el señor obrero que en mal hora fué condescendiente conmigo y que no os dejo trabajar.

Adiós, muchachos. Estos achaques históricos me dislocan. ¡Adiós, condestable! ¡gran maestro!...—dijo volviéndose al esqueleto decapitado....—Vaya, vaya, esto no puede prolongarse, adiós, maestro. No quiero hablar más....

—Pero, señor, á cuenta del susto que he recibido cuando el farol se escurrió de mis manos por mor de esa cabeza cortada, ¿no nos va á decir—si lo sabe—si el tajo fué en vida ó en muerte?

—¡Válgate Dios y á todos nosotros! ¡En vida! ¡Y tan en vida como fué!

Y no os digo más, porque no se me aparta un instante de la memoria el señor canónigo obrero.

—Acabemos, señor; á fe de Martín Forero os juro en mi ánima que por un poco más de tiempo quisiera oíros cómo fué la muerte de este D. Alvaro famoso, y, aunque en el trueque saldreis perdiendo, os diré algo, también raro, que yo sé de este enterramiento.

Cuéntase por Toledo que el sepulcro de este señor degollado era en tiempos atrás de bronce: (1) que sobre él yacía una estatua, que tocando un resorte se

(1) De él se dice que se hicieron los pulpitos de la capilla Mayor.

levantaba y arrodillaba al celebrarse la misa, volviéndose á echar en su lecho al terminarse el santo sacrificio.

—Miren si el maestro sabe también de estas curiosidades!—dijo el filósofo escribiendo el dato en una margen de su rollo de papeles.

¿Y por qué la retiraron?

—Dícese, mi amo, que una señora reina muy piadosa y discreta....

—¡D.^a Isabel! ¡D.^a Isabel, seguramente!....

—Mandola quitar de esta capilla porque los mozuelos y mujeres armaban tales algaradas por verla, que profanaban la santidad de la misa.

Y basta de consejas mías, sean ciertas ó supuestas, y díganos ya como fué la cortadura de esta cabeza.

—¡Pues sea!

El príncipe D. Enrique, el rey de Navarra, los marqueses de Villena y de Santillana, D. Fadrique, los condes de Castro, de Haro y de Plasencia, D. Rodrigo Manrique y otros nobles y caballeros muy principales, se coaligaron para concluir definitivamente con el gran poder de D. Alvaro de Luna.

D. Juan II, el rey, instigado por éstos y por la reina, expidió la siguiente cédula: *D. Alvaro Destúñiga mi alguacil mayor, yo vos mando que prendades el cuerpo de D. Alvaro de Luna, Maestre de Santiago; é si se defendiere, que lo mateis.*

Cercada la posada en que moraba en Burgos el condestable, gritaron los soldados de Zúñiga: *¡Castilla, Castilla, libertad del rey!*

D. Alvaro apareció en la ventana con jubón de armar sobre la camisa y las agujetas derramadas, y exclamó: *¡Voto á Dios, hermosa gente es esta!*

Un venablo arrojado por un ballestero fué la respuesta.... Después se dió á prisión.

El rey llegó á comer con el obispo de Avila á la misma casa en que estaba el condestable, y éste le dijo:—*«Por esta cruz, don obispillo, que me la habeis de pagar.—Señor, le respondió: juro á Dios y á las órdenes que recibí, tan poco cargo os tengo en esto como el rey de Granada.»*

Doce letrados formularon sentencia de muerte contra el gran valido, porque *há seydo usurpador de la corona real*, y fué conducido entre dos frailes á Valladolid ¡llevando un *seguro* del rey!

De madrugada oyó misa y comulgó. Comió unas guindas y bebió un vaso de vino. La comitiva salió al lugar del suplicio. El reo cabalgaba en una mula: de sus hombros pendía luenga y negra capa: los pregoneros gritaban:—*«Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor á este cruel tirano é usurpador de la corona real en pena de sus maldades é deservicios, mandando le degollar por ello.»*

En la plaza había un cadalso enlutado; un altar y sobre él un crucifijo con antorchas encendidas.

D. Alvaro sube con firmeza al patíbulo, ora arrodillado ante la efigie del Redentor, pasea, tranquilo, su mirada por aquella multitud silenciosa, y viendo al caballero del príncipe, dice:—*«Ven acá, Barrasa: tú estás aquí mirando la muerte que me dan: yo te ruego que digas al príncipe mi señor, que dé mejor galardón á sus criados quel rey mi señor mandó dar á mí.»*